

nada, y una placa de mármol recordaría que los departamentos de Colombia, en agradecimiento a que la Virgen del Rosario les educó a sus mejores y más ilustres hijos, le reedificaron y ornamentaron su palacio y su trono.

Todo cuanto se haga por Nuestra Señora es poco para lo que Ella se merece; pero, si no alcanzamos a obsequiarla con dádivas materiales, sí podemos darle, y ya se lo tenemos dado, lo que más le agrada: el corazón.

DISCURSO

DEL COLEGIAL DE NUMERO DON ANTONIO ROCHA
EN EL CENTENARIO DE BOYACA

Compláceme sobre manera veros reunidos en el primer centenario de la gran fecha para conmemorar una epopeya heroica. Hoy, cuando ya no ruge la tempestad airada de la guerra, cuando Colombia ríela sin temor las suaves ondas de la paz, bien hacéis en regocijaros con nuestras tradiciones, que un pueblo sin tradiciones no perdura. Y qué significativo, y qué hermoso tributo de homenaje y gratitud a la memoria de nuestros padres, que os ven desde el eterno mundo cantar las glorias de su sublime martirio, en este claustro, en esta pequeña república que os ha dado patria y libertad. Y eternamente las generaciones por venir harán lo que vosotros, mientras las sombras de los mártires vaguen satisfechas bajo estos arcos queridos, y mientras el espíritu de Caldas sople vivificante en los cerebros de la juventud que bebe aquí las fuentes del saber.

Allá por los años de 1810, veintidós provincias que componían el Nuevo Reino de Granada, apacibles y serenas, soportaban inconscientes la dominación de

un monarca extranjero; envidiable atmósfera, no turbada por el huracán de pasiones y partidos; envidiable, sí, a no ser la vida actividad y movimiento que impulsa al hombre a un noble fin y a altos ideales. Horadada de pronto por un rayo, la mole inmensa del edificio colonial se desplomó; densa nube de polvo cubrió la superficie y aquí y allá la sombra de nuestros padres vagaba entre los escombros recogiendo materiales para levantar una república sobre el suelo americano. Ya había patria, pero indecisa y vacilante como los primeros pasos de un niño.

El grito de libertad estaba dado, y era preciso crear un Estado, que es, como lo define Bry «una sociedad de hombres independientes, establecida de manera permanente en un territorio fijo y determinado, regida por un gobierno autónomo, encargado de dirigirla al bien común.» Como estado secundario derivado de otro, no podía prescindirse de consultar la herencia política legada por el régimen español, puesto que las leyes que se den a un pueblo no pueden desatender las tradiciones de las que antes lo regían, ni la raza, costumbres, religión y lengua; en lo político y administrativo, arruinada herencia en verdad que recibimos. Los efectos desastrosos de un régimen absolutista se hacen sentir menos cuando tienen por fuero la moral nacida de las creencias religiosas; éstas existían, pero siempre las monarquías absolutas tienen la fuerza por constitución, y una monarquía tal iba a trocarse por república democrática, de tres órdenes de funciones distintas, antes encarnadas en una sola autoridad, habría de sacarse tres poderes separados e independientes: la antigua Audiencia sería el Poder Judicial; el Legislativo antes no existía, y el Ejecutivo era ahora la tiranía contra la cual se luchaba. Veamos quiénes estaban encargados de realizar tal evolución.

En el gobierno colonial sólo los miembros de una clase social reducida podían ascender a un puesto público; eran sus conocimientos teóricos los aprendidos en la Suma del santo filósofo de Aquino, y las prácticas, rudimentarios procedimientos de ayuntamientos y alcaldías; en los colegios del Rosario y San Bartolomé, columnas graníticas y eternas, espías siempre vigilantes de ciencia y de progreso, los versados en la lengua del Lacio, pudieron conocer la historia romana y griega; algunos audaces lograron introducir subrepticamente algunas obras hijas de la Revolución francesa; junto con Licurgo y Solón, Catón y Bruto, Rousseau y Montesquieu. Si a la tranquila meditación de las tradiciones de la antigüedad, y al entusiasmo que excitaban modernas ideas, bautizadas con sangre por Francia en 1798, unimos el deseo de imitación a la república federal norteamericana, recientemente emancipada de Inglaterra con tan bueno y envidiable éxito, que hacía creer que siguiendo su ejemplo y adoptando para nosotros *a priori* lo hecho allá con ese fin, el ideal de patria sería una realidad, nos explicaremos aquel gobierno tan teórico y solícito, cuanto inadecuado para entonces, creado por los hombres directivos de 1810. Bella concepción en verdad de filantropía, de quienes no contaban con la necesidad de ir gradualmente en la imposición de doctrinas liberales, respetando las costumbres, tradiciones y usos incrustados en las masas populares por pasiva obediencia de tres siglos no interrumpidos.

Fácil, casi lógico era errar con tales ideas en la elección de nuevo gobierno, y erraron hombres de la talla de Torres, Caldas, Lozano, García Rovira, Frutos Joaquín Gutiérrez, Joaquín Camacho, Crisanto Valenzuela, para no citar más, hermosa constelación de varones ilustres que con buena fe ahogaron una república a penas nacida; el año aciago de 1816 encierra dolorosa enseñanza.

Y Nariño, «el hombre de Estado diplomático y militar más eminente de esos días,» hubo de ir a purgar preso en España sus ideas acertadas y verdaderas opuestas a las de aquéllos, una vez que la falta de acuerdo engendró la anarquía, la anarquía la debilidad y la debilidad perdió la patria. Poco después, efluvios de sangre hacían que el sol de la libertad enviara sobre las verdes campiñas granadinas reflejos de escarlata, y sólo en Casanare, por el intersticio de una nube, se coló compasivo un rayo de pura luz; en el fondo de la negra hullera brillaba una chispa de diamante.

Desesperada por entonces era la situación de los independientes: el territorio regido por la presidencia de Quito y el virreinato del Perú, estaban ocupados por los españoles; Venezuela combatía ya exhausta; la brillante campaña de Bolívar sobre Caracas del año 13 era perdida, y únicamente, merced a Piar, el vencedor en San Félix, Angostura, en el bajo Orinoco era libre; entre Angostura y San Fernando había un espacio incómodo para organizar un ejército; Morillo y La Torre ocupaban las llanuras que bañan los ríos de Guarico y la Portuguesa, tributarios del Orinoco, paso entonces obligado para las provincias de Caracas y Valencia. Así las cosas, el 27 de agosto de 1818, el general Santander, con cuatro compañeros y con 1.200 fusiles, partió de Guayana, por orden de Bolívar, para Casanare. La sangre que Morillo, Sámano y Envile habían hecho derramar en la Nueva Granada estaba inmune; la indignación hervía aquí, y vivo era el deseo del desquite. Ahogado todo movimiento de insurrección por los tiranos, sólo faltaba un talento organizador, un ánimo resuelto, un pecho que de urna sirviera a los votos de libertad, una cabeza dirigente y un brazo emprendedor. Santatander fue el hombre con acierto escogido por Bolívar, y Casanare el centro de operaciones.

Las diversas guerrillas patriotas debían ser reunidas; acalladas las rencillas entre sus jefes; avivado el anhelo de libertad y formado un cuerpo, que resistiendo las fuerzas realistas de allende los Andes, no pudiesen éstas auxiliar las de Venezuela, contra las que luchaba Bolívar. Los llaneros, aquellos terribles centauros de las pampas venezolanas, que recuerdan los héroes mitológicos que agiganta la fama, acababan de librar con fortuna la batalla de Las Queseras contra los compañeros de Wellington, veteranos guerreros de la península ibérica. El ojo avisador de Bolívar se vuelve entonces hacia la Nueva Granada, y en los destinos de la humanidad quedó fijada la libertad de un mundo.

«Como extiende el cóndor las alas poderosas, dice Eduardo Blanco, y rápido se encumbra, movido por el ardiente anhelo de arcar en la extendida curva que describen los sucesivos horizontes, límites imaginarios del espacio, y luégo en la alta cima se cierne soberano, y con sus plumas osa velar el sol y ser a un tiempo árbitro de las tinieblas y la luz; así descoje el vuelo aquel Numen que aspira realzar cuanto de noble encierra su acendrada virtud, y audaz se lanza hacia los fines que persigue, sin cuidarse del rumbo que le ofrece el acaso, pues todo el horizonte donde reposa la mirada lo ve inflamado con el fuego de su constante aspiración. Y de las llanuras del Arauca, donde los clarines de la fama repiten los hechos fabulosos del Vencedor en las Queseras, Bolívar se lanza a conquistar más alta gloria.»

Recordad la epopeya gloriosa de Boyacá, descrita por plumas maestras, y excusadme de repetir su narración, que no seré yo quien empañe el brillo de vívidos diamantes con resplandores de oropel, ni olvido la voz que al profeta del Horeb así decía: «No te

acerques, desata las sandalias de los pies, que el campo que pisas es sagrado.»

Y hoy hace un siglo Boyacá fue e hizo posible la Patria, pues la fuerza no podía impedir que existiera lo que moralmente no podía menos de haber de ser; las sombras de Girarot, D'Elhúyar y Ricaurte, que aún penaban esperando la victoria, sonrieron satisfechas, y «en silencio el viejo león, que ingía enfurecido, se estremeció orgulloso de haber dado a la América, con la pujanza heroica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.»

La libertad, preciosa necesidad del hombre, esencial a su naturaleza para conseguir mejor el único y último fin a que por querer divino estamos destinados, pues no concibo la virtud encadenada, existió; ¡cuánta sangre a sus altares ofrendada, y como ella no salpica el rostro con manchas de baldón, sí con destellos purísimos de aurora, tristes a veces como los de la tarde moribunda!

El genio de Bolívar, presentado por muchos antes, estimulado por unos, impedido por otros por envidia o emulación, se reveló con el fulgor de la evidencia el 7 de agosto a la admiración del mundo. El genio adivina; pero más estudia, tantea, sufre, persevera, se enardece con los obstáculos, así como Anteo cobraba nuevas fuerzas al tocar la tierra, su madre; una inteligencia superior y la eficacia de su voluntad le permiten aspirar a lo que el vulgo docto llama un imposible; la paciencia es su virtud primera y se impone precisamente, soporta la evidencica, la indiferencia, porque la fe lo sostiene; si consigue su objeto, si la incógnita se despeja, algunos lo reconocen ya tarde por vanagloria, otros lo adulan, los más no le conceden gracia. Colón mendigó catorce años un auxilio para descubrir el nuevo mundo: se humilló a los insignificantes y aduló

a los poderosos; y después, cuando su problema fue realidad, cuando ya era el primer hombre de la moderna historia, hubo de parar un huevo de punta para acallar un necio; entonces la ingratitud empezó a sellar su grandeza.

En la historia de nuestra patria, qué fue Bolívar? El lazo de unión necesario entre dos épocas, irremediablemente surgido de una sociedad necesitada. «Cuando Dios elige a alguno por instrumento de sus designios, dice Bossuet, nada detiene su curso; encadena, ciega, o sujeta todo lo que es capaz de resistencia.» Ese instrumento no perece, porque está señalado por el dedo del destino, que algunos llaman, sin razón, fatalidad. Si Cleopatra no hubiera arrastrado tras de sí a Antonio, el imperio romano no hubiera sido lo que fue; pero allí estaba Octaviano para llenar las páginas de su historia. Hubiera perecido Bolívar, y la independencia nuestra se retardara, pero siempre sería, no sabemos cuándo. Dos Bolívares no se suponen, porque sería demasiado confiar en la naturaleza.

La aureola gloriosa que lo circundó en Boyacá, nunca brilló más hermosa después; su luz sólo bastó para iluminar un continente. El sublime visionario de Casacoima había realizado su loco desvarío, y a su acero retemplado en innumerables batallas, aún le faltaba lo más de la jornada para que el tricolor colombiano flameara airoso desde las remotas costas del Perú hasta la blanca cabellera de los Andes del Potosí.

Como los ríos salvajes arrastran confundidos en el cieno granos de oro y arena menuda despreciable, así el ciclón de las revoluciones arrastra confundiendo los elementos heterogéneos discrepantes por su mérito; pero luego la paciencia del número separa lo valioso, y el lodo queda siendo átomo opaco de tierra miserable. Entre los guerreros de Boyacá, al lado de An-

zoátegui, tan bravo soldado como caballero cumplido, y de Soublete, el irremplazable jefe del Estado Mayor, quiero fijar un instante la atención en Santander, cuya cooperación contribuyó como la del que más a decidir el buen éxito de la campaña; y no obstante, su título de «Hombre de las leyes» nos hace ver que no era su puesto entre el tronar de los cañones.

Debido quizá a las circunstancias de entonces, Bolívar aceptaba principios, que naturalmente habían de aplicarse al gobierno militar que era preciso crear después de la victoria, tales como el de la autoridad que da la fuerza incontrastable de los hechos, la lógica de la experiencia; apóstol activo de la independencia, desconfiaba de las democracias americanas; la realidad, lo positivo, era ley de ciencia política; los engendros de la imaginación no son teorías propias para gobernar los pueblos; para mandar es preciso ser obedecido, puesto que siempre debe haber razón para obedecer; respetaba la fuerza creada por las bayonetas, por las costumbres, por el poder de la riqueza, de la inteligencia, en una palabra, fuerzas físicas o morales, que en último análisis se reducen a una; era en esto un apóstol de la filosofía positiva. «El Ejecutivo, decía, debe ser el poder más fuerte, porque todo conspira contra él; en las monarquías debe ser el Legislativo, porque todo conspira en favor del monarca, los códigos, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen en las sociedades, Pisistrato fue para Atenas más saludable que sus leyes.» Estas ideas eran acordes con la recta razón, si se considera que los pueblos y los tiempos tienen también sus necesidades, y no es posible tacharlas de extemporáneas, así como el opresivo régimen feudal de la edad media, no por injusto dejaba de ser necesario como imposición de las circunstancias. El gobierno que

Bolívar después de Boyacá estableció para la tierra libertada, fue enérgico, vigoroso y militar, mas no dejó de consultar sabiamente sus intereses económicos, comerciales y administrativos. Andando el tiempo, se vio cuán acertado era para asegurar la independencia, que no se podía descuidar, entonces menos que nunca, para alcanzar la libertad de un pueblo, pues no debemos confundir estas nociones de libertad e independencia. Para afianzar las ventajas conseguidas sobre el enemigo, un pueblo en revolución necesitaba un gobierno como el que se creó, por otra parte sólo tolerable por razón de necesidad. El débil gobierno de la Patria Boba consideró libre un pueblo que lejos estaba de ser independiente, y pereció sin remedio; en Venezuela tampoco resistió a escaso número de tropas acaudilladas por Monteverde, y en cambio uno central y vigoroso, defendió al país del poder de Cajigal, de Boves y Morillo.

Después de Boyacá, la masa amorfa del pueblo era susceptible de cualquier forma de gobierno, acertar con ella, hé ahí el problema. La instrucción pública debía ser procurada y atendida especialmente para quienes antes se hallaban sin remedio sometidos a crasa ignorancia; la hacienda pública creada y remediado el deplorable estado económico y fiscal, que con causas filosóficas y políticas, fueron motores propulsores de la revolución.

Las capas sociales tan marcadamente pronunciadas antes, la obediencia ciega a la autoridad despótica, la negación del individuo, el antiguo absolutismo, cuya razón es la fuerza, todo debía ser reemplazado sin brusquedad, por una sociedad en que la igualdad social y política de sus miembros fuera reconocida por la ley; los derechos individuales, enumerados y definidos; en que el principio de autoridad emanara de ella, fuera

asentido por todos y ejercido en rotación sucesiva y constante. En Boyacá, el poder de la espada hizo posible esta transformación, y la espada sería aún la razón para instituir un orden de cosas y mantenerlo; como el acero de Bolívar sólo era temible cuando él lo manejaba, Bolívar debía mandar; el gobierno militar se imponía como hijo de la necesidad, para coronar los esfuerzos del Libertador, y sólo Santander sabía aprovecharlos para bien de todos.

Santander obró de acuerdo con Bolívar y cooperó de manera inestimable a consolidar la independencia americana. Fue el segundo arquitecto de la Gran República y su ardua y preciosa labor ha sido puesta en relieve por plumas admirables y agradecidas.

A falta de Bolívar ejerció el gobierno civil y organizó la incipiente nacionalidad acertadamente; si bien pronto su cerebro estuvo nutrido de contrarias ideas a las de aquél, no por eso dejó de gozar de su confianza; tanto así era su mérito, y tanto así pesaba en la balanza de la opinión.

Cuando ya el buen éxito aseguró la libertad de dos naciones, el invicto soldado de Boyacá y Carabobo, reunido el Congreso de Angostura, depuso voluntariamente la espada ante la ley, hé ahí un grande rasgo de desprendimiento, entre muchos, que justifica a Bolívar de cargos tan infundados cuanto atrevidos con temeridad hechos después por sus enemigos, y sinceras están sus propias palabras: «el título de Libertador es más sublime que el trono.» Ya la historia desapasionada afortunadamente lo vindica y no muy tarde su genial figura se destaca en el pasado como silueta impecable de ambición y tiranía.

Desde entonces, en aquellos grandes hombres, se encarnaron dos tendencias políticas, que con el tiempo ahondarían sus diferencias, con grave perjuicio para la

felicidad de la patria; pero partidos no dejan de existir dondequiera que haya hombres, y a los ojos de los pequeños está vedado fijarse en manchas leves que disculpa lo sublime.

Las tradiciones, las páginas de la historia, son para los pueblos savia que vivifica y alimenta el patriotismo. Cuando el pendón romano flameaba airoso en todos los ámbitos del dilatado imperio, en el centro del capitolio de la Ciudad Eterna reposaba la loba de Rómulo y Remo, creada por la imaginación, sacada de la niebla de la época primera y consagrada allí con respeto por el querer unánime de un pueblo unido. Acabemos nosotros también reverentes los orígenes de Colombia, no cesemos de admirar el poema de nuestra guerra magna, consideremos cuán inseparablemente unidos y obligados somos con repúblicas hermanas, hijas de unos mismos padres y de unos mismos sacrificios, unámonos con ellas para ser fuertes, de experiencias del pasado saquemos lecciones útiles para el porvenir, con anhelo creciente propendamos al progreso respetando la ley, ahora que el mundo entra en imponente evolución; cumpla cada cual con los deberes de buen ciudadano para que la sociedad sea feliz, y ofrezcamos nuestro propósito a honra de la memoria de nuestros padres, óbolo delicado que ellos colocarán en el santuario de su orgullo; yo añadiré una humilde violeta, y tímidamente la escondo entre la preciosa corona de homenajes que hoy entreteje la nación agradecida.

